



## CUARTA PARTE.

### Un hombre por una nacionalidad.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### LA ULTIMA PALABRA.

###### I

La noticia de la locura de Carlota cayó como un rayo en la corte de México.

Maximiliano se abatió profundamente, su primer pensamiento fué el de volver á Europa y abandonar el suelo mexicano donde había comenzado á eclipsarse ese fuego fátuo de su fortuna.

El infeliz archiduque quedaba solo en el mundo á la merced de sus enemigos.

Los hombres y la fortuna lo abandonaban.

Aquel espíritu otras veces tranquilo, perdió su serenidad habitual, y una vez en la senda del extravío, tenía que perderse.

En tan crítica situación llegó la noticia de que el general Castelnau, ayudante de campo del emperador Napoleón III, llegaba con instrucciones del gabinete de Saint Cloud.

Aquellos despachos traían acaso los convenios celebrados con la emperatriz Carlota, y que no pudieron terminarse á causa de la desgracia acaecida á la infeliz hija del rey Leopoldo.

Maximiliano se trasladó á Orizaba, y los periódicos anunciaron que S. M. quería estar cerca de Veracruz para recibir con más prontitud las noticias europeas, porque se hallaba demasiado inquieto por la salud de su augusta esposa.

Lo cierto es, que Maximiliano pensó seriamente en abandonar el territorio.

Alguna cosa trascendía el público de aquella confusión de determinaciones atropelladas, donde la prensa comenzó á balbucir algunas palabras acerca del próximo viaje del emperador.

Se sabía que el capitán del "Dandolo" que hacía un año permanecía como un gigante clavado en las rocas del Golfo, había recibido orden de prepararse para recibir á bordo al ilustre viajero.

La prensa francesa, que veía por el suelo el trono de Maximiliano, comenzó á propagar noticias alarmantes; *viró*, como dicen los marineros, al cambiarse la aguja de la fortuna, y comenzó á insultar á aquel hombre ante quien se había arrodillado á quemar el incienso de la adulación y de la bajeza.

¡Pobre Maximiliano! ayer le coronaban de flores, y le victoreaban las tropas expedicionarias, y le cantaban himnos los escritores, y al verlo abandonado, le maltrataban y ponían el INRI sobre aquel trono hecho pedazos!

Los franceses estaban en la plenitud de su carácter.

Algo les amargaba lo ridículo de su situación, ese bochorno que pasaba una bandera tan gloriosa.

La Francia afectaba estar en su derecho al retirar la expedición y procuraba hacerse creer que los Estados Unidos no habían influido en sus determinaciones.

Su careta era transparente, y era difícil jugarla en ese carnaval sangriento.

###### II.

Maximiliano se dispuso á recibir á Castelnau.

Cuando el alma ha entrado en la tormenta de la desesperación, acepta una esperanza aunque sea lejana.

Deseaba saber la impresión que había causado la presencia de Carlota en las cortes europeas.

Llegó al fin ese momento terrible en que el ayudante de campo se encontrara en la presencia de Maximiliano.

Castelnau se manifestó arrogante ante la majestad caída del emperador.

El archiduque manifestaba en su semblante todo el dolor de sus sufrimientos.

Estaba profundamente triste, cubierto é impregnado de una melancolía intensa.

El enviado de Napoleón comprendió á primera vista la tempestad que sacudía el ánimo del desgraciado monarca.

Castelnau quedó un momento contemplando aquella fisonomía donde se trasparentaba una angustia profunda.

—S. E. el mariscal de campo puede tomar asiento.

—Agradezco á V. M. esa distinción.

¿Se ha restablecido la salud de S. M. imperial Napoleón III?

--Así parece, señor y su primer cuidado ha sido el de ocuparse de las graves cuestiones que tienen relación con el imperio mexicano.

--Yo fío en la Providencia, y mi confianza se apoya en las manifestaciones de simpatía del pueblo.

--Base insegura, señor, en cuanto al cimiento popular, que es frágil como espuma.

--No puedo ocultar, señor general, el vivo deseo que tengo de saber las altas disposiciones de S. M. Napoleón III.

--Nada ocultaré á V. M. de cuanto ha pasado.

--Ya os escucho.

--Para evitar complicaciones con los Estados Unidos, como ha tenido el honor el señor barón de Saillard de manifestar á V. M. á Francia retira las tropas expedicionarias. Se había convenido con el emperador de Austria que enviase un contingente de voluntarios, pero S. M. José II quiso á su vez contemporizar con la Unión Americana, y disolvió el cuerpo de ejército.

--Estoy al tanto, señor general, de ese acontecimiento.

--V. M. ve, que el nuevo proyecto de la Francia fracasó en su cuna.

El último empréstito no ha podido cuotizarse y se ha alzado una grito terrible contra el gobierno del emperador, pretendiendo que la Francia se haga cargo de satisfacer los dividendos del empréstito de París.

--Precisamente contaba el imperio con esa suma para liquidarse y poner en vía de pago las convenciones; pero vuestro gobierno tuvo á bien tomar la mayor parte por cuenta de su deuda, y esto desniveló por completo.

--V. M. me permitirá no contestar esos cargos, y ceñirme á la cuestión que tengo el honor de exponer á la corte de México.

--Continuad, señor general.

--Los Estados Unidos han pretendido que la Francia hiciese salir á su S. M. del territorio de grado ó por fuerza.

Enrojose el rostro de Maximiliano, sus dedos se crisparon terriblemente y su mirada se fijó tenazmente en la mirada audaz de Castelnau que la sostuvo valientemente.

--La Francia, continuó el ayudante de campo, ha creído de su deber consultar ese punto con V. M.

--¿Y con qué derecho, dijo Maximiliano con voz concentrada de furor, se permitiría ningún soberano arrancarme de las gradas del trono?

Castelnau iba á responderle: "con el mismo derecho que le asistía al traerlos á estas regiones."

--Perdone V. M., yo no soy más que el mensajero de todo lo que tengo el honor de exponer á S. M.

--Acabemos, señor general, yo he sido insultado hasta el último grado por la Francia.

S. M. Napoleón III piensa que V. M. debe *abdicar*, antes de llegar á un momento supremo.

La abdicación señor general, se hace en los instantes terribles de la revolución, se hace delante la muerte, como Luis XVI; yo poseo todavía elementos de preponderancia que puede sostenerme en el sólio.

--V. M. comprenderá que la disyuntiva es terrible, la *muer-te* ó la *abdicación*: la Francia os aconseja el último extremo.

--Y yo no lo acepto, señor general, porque mi dignidad es lo primero.

--Señor, la dignidad de la Francia estaba comprometida, y una *razón de Estado* la hace aceptar una situación que no se registra en sus anales.

--Es verdad: pero los de mi raza son intransigentes.

--S. M. José II, cediendo á otra *razón de Estado*, después de la catástrofe de Sadowa y la pérdida del Lombardo Veneto, ha disuelto el cuerpo de voluntarios.

Maximiliano movió la cabeza con impaciencia.

--Reflexione V. M. que su permanencia en México es ya imposible, que todos los sacrificios serían estériles, y que sólo se añadiría una página más de sangre á la historia infortunada de este país devorado por la monarquía.

--Moriré en mi puesto, señor general.

--La augusta emperatriz, abandonada en el recinto de Miramar, llamándoos de continuo, sería otra víctima inocente sacrificada en aras de una crisis desesperada.

Al recuerdo de Carlota volvió á nublarse el semblante del austriaco, sus ojos se humedecieron, y sin querer llevó las manos al corazón oprimido.

--Es verdad, dijo tristemente, todo lo que me rodea es espantoso.

--Señor, la Francia participa hondamente de vuestras penas.

--Pero es necesario de todo punto meditar esta cuestión, los Estados Unidos no traerán una sola bayoneta al territorio mexicano.

--S. M. me permitirá mostrarle todos los despachos que justifican la conducta de mi gobierno en este delicado asunto. La Francia no es dueña ya de su albedrío. Contra el tenor de los convenios celebrados con los Estados Unidos, las fuerzas no han comenzado á salir del territorio; la fecha del primer plazo se ha pasado, y ojalá que se pudiera aún revalidar esa convención.

--No os comprendo bien; haga S. E. el favor de ser más explícito.

--Lo seré si V. M. me lo permite. La Francia no ha cum-

plido, esta es la palabra, lo pactado con la Unión Americana; esto ha motivado una hora terrible que en otras circunstancias se hubiera lavado con sangre; pero hoy..... leedla, señor, y diga V. M. si Napoleón III no conservará una situación tan angustiosa como la de V. M.

El emperador tomó el pliego que le presentó Castelnau y leyó para sí la nota cuyos pasajes más interesantes copiamos á la letra:

No podemos conformarnos (habla del cambio introducido en la retirada del cuerpo expedicionario,) primero, porque las palabras *primavera próxima*, son demasiado vagos: segundo, porque la garantía que tenemos para la retirada del cuerpo expedicionario en la primavera, no es mejor que la que teníamos para la retirada de una parte en Noviembre: tercero, porque contando con el consentimiento de Napoleón, al paso que deseábamos la retirada de las tropas francesas, hemos tomado medidas para cooperar con el gobierno de México á la perfección del país, apresurando la plena restauración de la autoridad constitucional de ese gobierno. Entre esas medidas se encuentra la del envío á México de Mr. Campbell acompañado del general Sherman, para que conferencie con Juárez sobre un asunto que tanto interesa á los Estados Unidos y es de tal vital importancia para México.

"Nuestra política y las medidas tomadas en la inteligencia de que iba á empezar la desocupación, se pusieron aquí en conocimiento del gobierno del emperador."

"El emperador comprenderá que no podemos retirar á Mr. Campbell, ni *modificar* las instrucciones conforme á las cuales piensa tratar con el gobierno de México, y que el gobierno cuenta naturalmente con que no siga la ocupación extranjera y hostil. Diremos en consecuencia al gobierno del emperador, que el secretario del presidente espera que la evacuación de México se lleve á cabo de conformidad con el acuerdo vigente, y conta lo con ello informará á Mr. Campbell, según lo permita la *complicación importuna* que motiva esta nota. A las fuerzas militares de observación de los Estados Unidos, se les enviarán instrucciones para que en cualquier caso esperen órdenes del presidente. A todo esto se procede fiando en que el telégrafo ó "La Mala" traerá una respuesta satisfactoria.

"Dará usted al gobierno francés seguridades de que los Estados Unidos al paso que procuran ayudar á México, no tienen más anhelo que el de mantener la paz y las buenas relaciones con Francia; y el presidente no se permite poner en duda que lo que se ha determinado en Francia en mala hora, se determinó por inadvertencia, sin pensar en los embarazos que han de suscitarse aquí después de transcurrido el periodo se fijó primitivamente para la evacuación completa."

—Este lenguaje, observó el ayudante de campo, es descono-

cido hasta ahora en el idioma de la diplomacia; está fuera de los límites hasta de la común galantería de las naciones.

Maximiliano no quería crear en lo que acababa de enterarse.

Le parecía increíble la audacia americana.

Las raíces todas de la esperanza se arrancaban dolorosamente de su corazón: no obstante, el paso terrible y bochornoso de la *abdicación*, pesaba fuertemente en su ánimo, y aquel hombre orgulloso vacilaba como un insensato envuelto en la tempestad de las contradicciones.

Quedóse meditabundo, irresoluto, lleno de contrariedad, agitado como una débil barca entre las olas y el huracán.

—Señor, dijo Castelnau interrumpiendo aquel silencio desesperante, V. M. y la Francia pueden salvarse; manifieste el soberano que cediendo su puesto á la voluntad de un pueblo, lo deja en libertad para constituirse después de haber ensayado la pacificación por medios que han estado al alcance del poder y de acuerdo con la humildad y la civilización: abdique V. M., y este paso dará motivo para la separación del ejército francés del territorio imperial.

Castelnau trataba ardientemente de salvar su bandera, estaba en su derecho.

Hay cuestiones que una vez lanzadas en el mundo de la política, ya no pueden recojerse, y entonces es necesario resignarse á sufrir el juicio y la sentencia inexorable de los contemporáneos y de la historia.

—Comprendo, dijo el emperador, la angustia de la Francia y lo penoso que le es continuar en este terreno verdaderamente resbaladizo. S. M. Napoleón III hubiera trastornado la Europa entera á una sola de estas palabras; pero la distancia y el deseo de conservar la paz, lo vuelven resignado: acaso esperaba que durante el tiempo de la desocupación, surgiesen algunos acontecimientos que lo hiciesen variar: pero desgraciadamente no ha sucedido así, y la resolución tiene de llevarse á cabo.

—V. M. comprende perfectamente lo que pasa.

—S. E. el general Castelnau comprenderá también, repuso friamente el emperador, que en este negocio es necesario que cada uno sufra la parte que le toca en la catástrofe, así como ha compartido el triunfo. La Francia pasa por las puertas del ridículo, yo paso por las de la muerte.

Castelnau se puso á la altura de la situación, comprendiendo que no había remedio alguno, que Maximiliano no se prestaría á la última farsa, y que á su vez dejaba á la Francia dentro del toro de Phalaris.

—Insisto por última vez, señor, en que el pensamiento de la abdicación es el único salvador.

—Y yo insisto para de una vez, en que permaneceré en el

escaño del trono hasta ser arrojado por las olas revolucionarias.

—Señor, dijo Castelnau, ved lo que pasa en los confines del imperio; Guaymas y Mazatlán han sido desocupados por las tropas francesas, y ya están en poder de la República.

—Estoy al tanto, señor general, de esos sucesos, y tengo despachos que me anuncian que Juárez ha sido recibido en triunfo en la ciudad de Chihuahua, y además, del alzamiento de todos los pueblos al sentirse fuera del alcance de los zuavos.

—Entonces, señor ¿por qué cerrar los ojos ante ese torrente que todo lo devora? La Francia está en el deber de salvarlos.

—Y quién salva á la Francia, señor general?

¡La revolución es omnipotente!

—Yo sé, señor mariscal de campo, que la dejo venir porque estoy seguro de ahogarla entre mis brazos; aún cuento con hombres de valor y de resolución: mi popularidad es grande, y mi decisión más todavía; voy á luchar con mi destino: decidle al emperador que fué mi glorioso aliado, que he consultado á mi Consejo y Ministerio sobre este punto, y que oído su parecer, hace una hora que he mandado se comunique á los pueblos del imperio que acepto en todas sus consecuencias la situación, y entro en las eventualidades con valor, y dispuesto á morir si ese es mi destino.

—Señor.....

—Decidle á S. M. que no abdicaré jamás, ni huiré como Pío IX y el rey de Napoleón, ni esperaré una restauración vergonzosa como Luis XVIII.

En aquellos momentos un repique á vuelo se dejó oír en las iglesias de Orizaba donde pasaban estos acontecimientos.

La detonación de las salvas y de los cohetes, las músicas que recorrían las calles, y los gritos entusiastas de los vítores que se detenían frente á la casa alojamiento del emperador, formando un eco de alegría y de expansión popular.

—Mirad, dijo Maximiliano abriendo la ventana; ved á ese pueblo que viene á ofrecerme su sangre; él me ha detenido, él quiere que yo empuñe su bandera, que lo presida en sus grandes destinos, en el porvenir.....Señor general, contad esto á S. M. lo que habéis presenciado, y sabéis que no abdicó; esta es *mi última palabra*.

### III.

Castelnau salió desesperado, creyendo que el austriaco estaba menos en su juicio que su augusta esposa la emperatriz de México.

Efectivamente, era una demencia soñar en el establecimiento del imperio, toda vez que los Estados Unidos habían determinado la muerte de la monarquía y el pueblo mexicano se alzaba como un solo hombre para combatirlo.

Maximiliano se encontraba en una situación excepcional.

Volved á Europa á encerrarse en su Santa Elena de Miramar, era presentarse en el foro del ridículo y del desprecio.

Permanecer en México, era exponerse á morir en la demanda.

El pobre archiduque, hombre de corazón, optó por el segundo extremo, no sin combatir algunas vacilaciones que le asaltaban y que al fin determinaron la convocación de otra junta en la capital; y á la cual llevaremos muy pronto á nuestros lectores.

Corrió por el telégrafo la noticia de que el archiduque se quedaría en México, la que fué recibida con entusiasmo por los imperialistas, que faltos de recursos para poder marchar al extranjero, se asían del manto imperial como su último refugio.

El desconsuelo de un partido al ver prófugo á su jefe sólo puede compararse al de una tripulación, al saber que el piloto y el capitán se han lanzado en una lancha abandonando el buque que comienza á devorar el fuego.

### IV.

Maximiliano recibió ese mismo día á Márquez y Miramón, y combinaron un plan de campaña, haciéndose ilusiones, y pintándose horizontes color de rosa, sobre los que la mano del destino tendió más tarde un velo mortuorio.

Aquellos dos géneos de la rebelión y de la asonada participaron del sonambulismo de su señor, y consultando en su ambición lo que esperaban en el porvenir, empuñaron la bandera de los grifos, y puestos al frente del ejército imperial, se creyeron dueños de la situación, pensando en renovar los días aciagos de la revolución de reforma, en que la suerte coronaba sus estandartes y sus armas se abrían paso entre las filas indisciplinadas de la República.

¡Sueño incensato!

Los tiempos habían variado, los soldados de la independencia fogueados en los encuentros de tres años consecutivos de combates, se habían hecho vsteranos.

Las chusmas se habían improvisado en ejércitos.

El pueblo, empuñando las armas para conquistar su independencia, era omnipotente.

Maximiliano había dicho tres años después de su advenimiento al trono, su última palabra,

El pueblo había dicho la suya desde que las naves extranjeras entraron en las inquietas aguas del Golfo mexicano.

Había decretado la *victoria*, como los convencionales de la revolución francesa!

## CAPITULO SEGUNDO.

### CUARTO MENGUANTE.

#### I.

La escena había cambiado por completo en la casa de los Fajardos.

Los antiguos amigos y partidarios del diplomático faltaban de la tertulia.

Todo el alboroto de los primeros días se había extinguido al soplo de los acontecimientos que anunciaban la caída del imperio.

Don Modesto, hombre acomodaticio en la política, comenzó por empaquetar cuidadosamente su uniforme, y encerrar en su caja la cruz de la orden de Guadalupe, arrancando la cinta de los ojales de todas sus casacas, levitas y chaquetas; porque el señor de Fajardo en todas partes llevaba la condecoración.

Suscribió al *Marqués de Caravca*, periódico republicano, y á la *Sombra*; ambos papeles tentaban á Dios de paciencia, como suele decirse, pues se desataban terribles contra el imperio.

Era de esperarse lo que aconteció: los dos periódicos fueron suprimidos y sus redactores corrieron una suerte demasiado adversa.

Cuando pasaba la escena que vamos refiriendo, los *diarios* consabidos se ocupaban en burlar á los conservadores sobre el fiasco intervencionista, y alzaban el grito á la altura de la trompeta final pregonando la salida de las tropas expedicionarias, contando este suceso en metros, rimas y prosa.

—Este periódico, decía Don Modesto á su desolada esposa, tiene su chispa, no se le puede negar: voy á leerte los versillos que no son de lo peor; como ya nos hemos *desafrancesado*, nos satisface ver satirizados á esos caribes. Oye la letrilla. *Que se me va mi francés.*

Procopia la Bulli-bulli,  
*Hermosísima* mujer,  
 La de los bucles postizos  
 Que compró á munsieur Macé,  
 La de flexible cintura  
 Delgada como un tonel,  
 La de las canas teñidas  
 Con tintura de Bennet,  
 La joven más á la moda,  
 Joven de Matusalén,  
 La que ama furiosamente  
 Al sarge ito Coquelet  
 Gendarme, según se dice,  
 O cazador de Vincennes,  
 Fué la que la dijo *¡charmante!*  
 Y en tal error la hizo creer;  
 Procopia, repetiremos,  
 Llorando exclama doquier:  
 Estoy al volverme loca,  
 Se va á marchar mi francés.

No hay remedio, yo sucumbo  
 De esta hecha me va á dar *fièvre*,  
 O el *croup*, que es importación  
 Del ejército francés,  
 Esta ausencia me sofoca,  
 Me saca de quicio, me.....  
 ¿Porque á este ingrato *munsieur*,  
 Tanto he llegado á querer,  
 Que siento perder la vida  
 Ahora que le pierdo á él?.....  
 ¿Y si quisiera llevarme  
 Para su patria?.....*tré bien*,  
 Allí me pondría de gorro  
 Y de vestido de *muaré*;  
 Allí me galantearían  
 Todos en coro, á la vez,  
 Que en eso se pinta sola  
 La juventud *paricien*.....  
 Pero no ¡qué disparate!  
 ¡Nada de eso puede ser!.....  
 Lo cierto es que se me escapa  
 ¡Qué se me vá mi francés.

Tú el de los ojos del cielo,  
 El de labios de clavel,  
 El de cabellitos de oro,  
 El de sonrosada tez,  
 El de calzado colorado  
 Como bolsas de almofrez,